

EL PUEBLO

SEMANARIO DEMOCRÁTICO

ÓRGANO DEL PARTIDO DE UNIÓN REPUBLICANA DE TORTOSA

Precios de suscripción
AÑO I En Tortosa, al mes. 0'50 ptas.
Fuera, trimestre 1'50 id.

Sábado 6 de Julio de 1901

Puntos de suscripción
En la Administración, calle de la Sangre N.º 23
n.º 40, prin.—Anuncios precio convencional.

¡BIEN POR EL EJÉRCITO!

Nuestro noble ejército, que ha demostrado en cien ocasiones su valor y su honradez, nuestro ejército que ha defendido la integridad de la patria, nuestro ejército que tiene en su bandera timbres de gloria, ha sido maltratado inicuamente por un asqueroso papelucho que se titula «El Ebro».

«El Ebro» refiriéndose á la colisión que hace poco tiempo ocurrió en Pamplona, dice: «que el ejército no ha de reverdecir con asonadas como la del Jubileo, los laureles marchitos en recientes y desgraciadas campañas».

Al leer esto nos hemos indignado, porque esas palabras no las pronuncia mas que un miserable indigno.

Mientras los de «El Ebro»: el ejército español en Cuba y Filipinas, cumplió con esceso con su deber y demostró su valor en cien combates y si se perdieron las colonias, no fué por culpa del ejército, no y mil veces no; fue por culpa de los gobiernos y de los frailes; tanto es así que el gobierno rindió la Isla de Cuba, sin que el ejército español se hubiera batido con los yanquis.

Esos integristas, esos carlistas son infames y si les dejáramos, serían capaces de restablecer la odiosa inquisición.

El ejército español es liberal y por eso le atacan los carlistas de «El Ebro»; el ejército español no puede ver con gusto el predominio clerical, porque se acuerda y porque sabe que esos curas que pretendían obligar en Pamplona á descubrirse á los sargentos, son los descendientes de los curas trabucaires que fueron los que ensangrentaron nuestra patria en las pasadas guerras carlistas.

Las ordenanzas marcan que los militares se descubran ante las imágenes y así lo verifican y lo han verificado, pero las ordenanzas no disponen que ningún militar se descubra ante las beatas, ni ante los curas carlistas ni fanáticos, y como los militares son personas dignas que aprecian en mucho su honor, no están dispuestos á arrojar éste á los pies de los fariseos de la religión.

«El Ebro», ese periódico indigno que desgraciadamente se publica en Tortosa, pide que se castigue á los militares, porque no se descubren ante los cirios y dice que los militares están hoy puestos al servicio de la impiedad.

Miente «El Ebro» una y mil veces, pues los militares cumplen con su deber y no se mezclan en los cuestiones religiosas, pero lo que no están dispuestos á consentir son las procacidades de los neos y están dispuestos á castigarlas con mano dura.

Constanos por conversaciones particulares, que la oficialidad de esta guarnición se encuentra muy molestanda por la conducta observada por esos

Parroquidermos para con quienes no tan solo no tienen motivo de queja sino que hasta les deben agradecimiento por las deferencias que siempre les han dispensado á esos carcas desagradecidos, y bien pudiera suceder que la prudencia que con este artículo mostraron, se perdiese en cuanto vuelvan á ocuparse en términos parecidos de quienes no se acuerdan de ellos para nada.

Parece que esos canallas quieren chocar con el ejército; pues que sigan por ese camino y creemos que será seguro el que los dignos militares no serán quienes dejen de aceptar el reto.

En dicho artículo tambien dice «El Ebro» que el ejército que no ha conseguido gloria deshonoró el uniforme.

Mienten otra vez los de «El Ebro» y sino que se acuerden de las palizas que el ejército ha dado á los amigos de «El Ebro», ó sea a los carlistas.

Estos neos de Tortosa, son malos, muy malos, y hemos de hacer una cruzada contra ellos hasta conseguir aplastarlos como á los bichos asquerosos.

El ejército repetimos es liberal y no ha sido ni será nunca carlista, respeta la Religión, pero no está ni viene obligado á respetar curas soeces y además no está dispuesto á que el bonete se sobreponga á la espada. Esto nunca lo consentirá el ejército y hará muy bien.

Hace pocos dias se han repetido en Teruel los sucesos de Pamplona y al paso que vamos es necesario, es preciso y lo esperamos que el ejército meta en cintura no al clero que cumple con su deber, pero si á los fariseos infames que son el baldón de España y la mancha que nos deshonoró á los ojos de Europa.

¡Alerta, alerta, alerta!

La hora de liquidar con la gente negra parece aproximarse.

Los vientos son de fronda revolucionaria, Sube la ola negra pretendiendo envolvernos, entre sus mallas, para que la sangre liberal alimente á los chacales de la tiranía.

Solo nos faltaba recorrer la trayectoria final, haciendo salir de sus antros las viejas fatalidades dormidas, para renovar inmediatamente el plagio eterno de la historia.

La conjuración toma grandes vuelos. La gangrena clerical se apresta á matar y matará. Es el signo de los tiempos.

Por algo los austrias han puesto de moda el rezo nocturno y la manifestación cerial.

¿Dónde queda la Santa Hermandad?

Siempre los mismos. Nunca el pueblo que sufre y paga.

Faltan los pajes de lanza; bufones que hagan

reír y cómicos de la corte como en los tiempos de Felipe IV, rey muerto por exceso de orgías y de saraos.

Sin ir más lejos, Sor Patrocinio, la monja milagrera embaucando á la destronada Isabel II, con asquerosas llagas; el P. Claret con consejos y la camarilla palatina con el encanto de perversa adulación.

A la cobardía de todos, ha respondido la canalla escopetada con sus provocaciones; al silencio con la desvergüenza, al respeto con la amenaza.

El día 23 de Junio, tendrán los liberales de toda España que señalarlo con piedra blanca.

Mientras la voz popular se dejaba oír, lanzando á los aires la nota democrática, moralizadora, culta y progresiva, en Palacio se oraba en desagravio de tan hermosa manifestación.

La sombra de Felipe II se paseó por el Alcazar, donde se cobijaron reyes traídos, prostitutas en noblecidas, el hampa, el vicio, la lealtad y la corrupción, más desenfrenada.

En los alcázares se ha solido rezar para ofender á la cultura, atacar al progreso humano, y herir los sentimientos del más puro espolismo.

Hablen sino, Godoy y Zea; Felipe III, Fernando VII....

El realismo no es un sistema; es una calentura devoradora: la calentura del León.

¡Ah! ¡Y hablaban los realistas antes de perder el imperio colonial de nuestra santa independencia, de los laureles de nuestra patria y de las glorias de nuestros padres!

¿Qué padres? ¿Qué laureles? ¿Qué glorias? ¿Qué patria?

¡No! Esto no es ya gloria: son ruinas.

¡No! Estos no son laureles: es una afrenta.

¡No! Esta no es la patria de nuestros padres: ésta es la patria de nuestros reyes, de nuestros señores, de nuestros carceleros, de nuestros verdugos.

¡No! Esta no es la patria de nuestros padres, ni de nuestros hijos: esta es la patria de nuestros tiranos.

¡No! Esto no es una patria; esto es un convento; esto es el puerto de Arrebatacapas.

Todos, todos, nos debemos cubrir el semblante con ambas manos. Y si no tenemos valor para salir de esta piscina, de este Burdel, todos, todos, nos debemos morir de pena ó de tisis como aquel Rey de triste memoria.

Pueblo: ¿consentirás morir tísico? ¿No blandirás la cuchilla si llega el caso de tener que redimirte? ¿No empuñarás la escoba para barrer las inmundicias que apesta tu honrada vivienda? ¿Contestarás á la amenaza?

Si; á la infame liga organizada por los tiranos, hay que oponer los riñones, muchos riñones, y á concluir de una vez con loyolas, viejas gruñonas y rancias preocupaciones.

¡Alerta, pues, alerta!

A la Juventud entusiasta

Hemos llegado ya al período álgido de nuestras aspiraciones, jóvenes demócratas tortosinos; hemos ya logrado lo que deseábamos con verdadero frenesí.

Desgraciadamente, en Tortosa se enseñoreaba desde algún tiempo la gente absolutista, bajo el hábito mujeril, y por esta razón nosotros, amados compañeros, los jóvenes republicanos, hemos dado un gran paso, que á no dudar, será digno de los, muy en breve, si persistimos en nuestro empeño.

Hemos de demostrar á ese yugo, que no todos los jóvenes vamos á cobijarnos entre las borlas de un estandarte, símbolo del *santo amor*, con colores desleales é hipócritas, sino que dada nuestra lealtad y nobleza de corazón, nos apresuramos á rendir culto entre los pliegues de nuestra sacrosanta enseña, la bandera tricolor, única que en la hora de la muerte, nos ha de servir de honroso sudario. Debemos poner de relieve, que nuestras propias cabezas no son de madera, de zoque, que nuestros cerebros piensan, discurren, que la ilustración es nuestra favorita, que deseamos el restablecimiento de la moral en todo y por todo, que no somos torpes ni tontos en cuanto al partido que militamos; se refiere, que aspiramos á la salutar libertad de conciencia, de acción, de religión, etc., etcétera, siempre sin faltar á la Ley, y sobre todo, á que en día dado, podamos, aunque obreros todos ó la mayor parte, entablar la lucha de la discusión con cualquier individuo, aunque este ostente títulos académicos ó enseñanzas superiores, es decir, poner nuestra honra y cultura en el pedestal de la gloria, junto con el buen nombre de la Juventud republicana tortosina.

Amigos míos: hemos dado un gran paso; aquí en Tortosa, la mayor parte de nuestros compañeros de ideas se mostraba indiferente, y por lo tanto, nuestro partido en esta liberal ciudad, estaba decaído y enfermizo, por lo que no se creía nunca en volverlo á realzar y ¡cuánto ha sido nuestro asombro, al ver que de día en día, verifican su ingreso en nuestro Centro, á docenas los jóvenes y demás, los que nuestra gloriosa causa les es simpática!

No, no están del todo de enhorabuena como hasta la fecha lo han estado, los *mascarones* desleales, al ver que con lo que ocurre con la juventud actualmente, de sus manos se les escapa el instrumento con que podrían cultivar una serie de arbustos juveniles, para recoger luego el atrofiado fruto, en beneficio de sus insaciables tragaderas. Se han llevado chasco, y mucho más en el porvenir; que se esperen, pues ahora empezamos.

El delincuente empedernido, es indigno de figurar en el mundo de los mortales, de codearse con la sociedad, y tener partidarios que le defiendan; solo ha de ser su única guarida, una pocilga, un edificio clandestino con celdas, de vida misteriosa, inhumana en su interior, y pregonando la falsa y astuta hipocresía por fuera de ellos.

No, mis compañeros; debemos despreciarles, no infundirnos pavor esos seres.... estamos en el siglo XX, y algo hemos adelantado: ¡abajo el absolutismo! Que impere la libertad en todos nuestros licitos actos, y con ello demostraremos que somos nobles sin tacha, á la par que probaremos el que no nos dejamos engañar por aquel que, á nuestras expensas vive sin trabajar, está gordo y ahisto, y que si dobláramos la serviz ante sus plantas, llegaría á imponérsenos de tal modo, hasta constituirse en señor feudal de esta morigerada Tortosa.

A nosotros nos está encomendado en parte el evitarlo, mis camaradas, jóvenes de Unión republicana dertoseense; ¿cómo? pues restándoles todas las fuerzas posibles por medio de nuestra incesante propaganda, con la frente alta, sin escrúpulos de ningún género, con el corazón en la mano y la dulce expresión de la palabra en nuestros labios.

Compañeros: seguid el ejemplo de este vuestro

leal y desinteresado correligionario, y todos unidos, con nuestra entusiasta norma de conducta en pos de la libertad de obrar en beneficio del prójimo y de nosotros mismos, puesto que todos somos cordiales hermanos, de seguro saldremos triunfantes.

Ravecer.

OPTIMISMO Y PESIMISMO

Se nos pregunta si somos optimistas ó pesimistas. Ni lo uno ni lo otro. Ni estamos con los que creen que España es invencible y puede aún, creando un ejército y una armada, hacer que reverdezcan los laureles de San Quintín y de Lepanto. Tampoco estamos con los que dicen que podemos suplir ventajosamente nuestras perdidas colonias de América y Filipinas con las tierras que nos ha reconocido Francia en Rio de Oro y en las márgenes del Muni. Tampoco con los que sueñan alianzas con otras naciones, á fin de recobrar el alto puesto que un día tuvimos entre las de Europa. Nosotros no buscamos la regeneración de España por la fuerza, sino por el trabajo, y encontramos mal que se busque colonos para remotas tierras cuando tenemos aquí tantas sin cultivo. Ni siquiera colonias quisiéramos que la nación tuviese, nosotros que negamos el derecho de conquista y no reconocemos autoridad en ningún pueblo para oprimir y reducir á servidumbre islas ni continentes.

Pero tampoco estamos con los que nos suponen degenerados é incapaces de defendernos si mañana se intentase hacer con nosotros lo que con los polacos. En los comienzos del pasado siglo, al despertar de nuestro letargo, nos vimos sin gobierno y con las principales plazas y fortalezas en manos de los invasores. Durante seis años los combatimos, sin dejarles libre más tierra que la pisada por sus fueles, y al fin les obligamos á salir del territorio. Tuvimos en ayuda á los ingleses, pero hostigamos y fatigamos más al enemigo con nuestras guerrillas que con los ejércitos. Si sufriéramos mañana otra invasión, seguros estamos que con el mismo ardor pelearíamos, y con mucho más éxito que el de 1808 si los gobiernos de hoy nos pusieran en estado de defensa. El año 1860, no nos faltaron fuerzas ni aun para imponernos á los marroquíes en venganza de reales ó supuestos agravios. Triunfamos donde habían fracasado en otros tiempos capitanes excelentes, y había encontrado un rey de Portugal su muerte.

Nuestra raza es hoy lo mismo que la del tiempo de los romanos: poco dócil á todo freno, entusiasta por su independencia, tenaz en defender sus ideas y sus sentimientos. Diganlo si no las guerras civiles y las revoluciones del pasado siglo. Largas fueron y torrentes de sangre costaron aquellas malhadadas luchas, y no estamos seguros de que no renazca. A fuerza de revoluciones conquistamos los derechos individuales, y no agitan hoy menos las nuevas aspiraciones las olas populares.

Paz y confianza querriamos hoy, y no las logramos. Está la sociedad convulsa y nos turba el sueño sus incesantes estremecimientos.

No, no ha degenerado nuestra raza ni son hoy por hoy de temer las invasiones que se nos anuncia. No mueren en días ni en años las naciones. Desde que tenemos uso de razón oímos hablar de la moribunda Turquía. Turquía aun vive y no presenta síntomas de muerte.

¿Significa esto que no debemos vivir prevenidos? Un ejército voluntario de 20 ó 25.000 hombres y los españoles todos armados sin que fuera de los casos de guerra debiesen salir de su pueblo ó su comarca, sería el mejor antídoto contra la ambición y la codicia de las demás naciones.

Á SILVELA

Aunque tarde, por el mero hecho de ser semanal nuestro periódico, no podemos revestir á la tentación de dirigir cuatro palabras á Silvela, á ese eterno tonto, en contestación á sus groseros insultos al noble, y valiente pueblo Valenciano con motivo de la cuestión religiosa.

Nosotros, creemos, que cuando á un hombre se le confiere la investidura de diputado, tiene el ineludible deber de estudiar las necesidades y las aspiraciones del pueblo.

Pero de ninguna manera creemos que esté en sus atribuciones, el insultarlo del modo desvergonzado que lo ha hecho Silvela. Eso creemos nosotros que es lo más lógico y razonable. Pero ahora resulta que ha refido Silvela con su discurso, y ha dado al traste con nuestras creencias.

Grande ha sido el atrevimiento de ese audaz hipócrita, al calificar de «turbas menudas» y «fámélicas» á los valientes republicanos que se oponían al paso del jubileo por las hermosas casas de Valencia.

Si nosotros no le conociéramos, si no tuviéramos el convencimiento, de que sus palabras son hijas de la más perversa hipocresía, de buena fé, hubiéramos creído que le habían producido indignación las valientes demostraciones del pueblo hacia todo lo que huele á reacción y fraileocracia.

Pero, desgraciadamente le conocemos, y sabemos que no es más que un instrumento de los jesuitas, y que por lo tanto en su pecho, no puede haber ningún sentimiento que no sea el de la más fea hipocresía.

Por hipócrita y por ambicioso lo arrojó de su lado Cánovas. Mas tarde subió al poder, gracias á que cubrió su tétrica cara, con la máscara de la regeneración.

No se nos olvidará, pues aun estan vivos los recuerdos de sus desaciertos y engaños, durante su funesto paso por el poder. Las cuestiones obrera, catalanista y religiosa, á nada más que á su torpeza, se debe el que se hallen en el estado de animosidad en que se encuentran.

¡Y aun se atreve á hablar este hombre!!

Cuando por dignidad y por decoro debería meterse en casa, y allí, pensar en sus desaciertos y sus errores, procurando corregirse y enmendarse.

Después de todo, creemos nosotros que los republicanos en el Congreso, le han dado una importancia que no tiene al contestar á sus insultos con palabras.

Cuando un hombre como este insulta al pueblo, llenándole de improperios, se le desprecia.

Basta ya Sr. Silvela; pues ya le conocemos, y sabemos que es V. un *neo* de los más exaltados.

No vuelva V. mas con su *beatífica* oratoria, á insultar al pueblo republicano, pues debe entender que ese pueblo que V. tanto odia, está muy alto, para que pueda llegar á él su repugnante baba. Por lo demás, descuide V.; pues ya se acerca el día de las grandes reivindicaciones, y entonces también gritaremos: ¡Abajo los *chulos* de la fraileocracia!

Vulcano.

UN INTENTO DE SESIÓN

El Sr. Silvela es un católico impaciente. No ha podido esperar á que se constituyera el Congreso para poner á debate la cuestión religiosa. Se ha exaltado con las manifestaciones anticlericales, olvidando las de los devotos. Ha combatido duramente á los que en Madrid, en Valencia, en Pamplona y otras ciudades han querido responder á las provocaciones de gentes que ven cada día desconcertados sus tenebrosos planes.

Acusa el Sr. Silvela al Gobierno porque todavía no ha castigado los desmanes de los últimos días; le supone poco celoso en el cumplimiento de las le-

yes. No parece si no que en tiempo de los conservadores reinara el mayor orden. En las postrimerias de su poder acaecieron las vociferaciones de la representación de *Electra*, los tumultos en las calles y los intentos de asalto contra casas religiosas. Duraron muchos días aquellos alborotos, atribuidos por el Gobierno á los liberales, y no recordamos que se tomara grandes medidas para restablecer y mantener el orden. A la cuestión religiosa vino entonces á unirse la del casamiento de la princesa de Asturias, que produjo no menores ni menos largos desórdenes. ¿Qué se hizo para evitarlos ni para concluirlos?

Precisamente por estas alteraciones del orden público, vino la última crisis y se otorgó el poder á los liberales. Que ahora los liberales tampoco aciertan á devolver la paz á los ánimos, no significa sino que se trata de un problema que no es fácil resolver sin recurrir á las medidas de los años 1836 y 1837. Es inútil buscar paliativos al mal que se lamenta; urge la aplicación de remedios heroicos.

Fueron suprimidas en aquellos años las comunidades religiosas, y no hay leyes que las hayan restaurado. No tienen vida legal, ni aún las órdenes exceptuadas en el Concordato de 1861, puesto que el año 1868 se suprimió las fundadas desde el año 1837. Por una fatal condescendencia de los Gobiernos tornaron calladamente á derramarse por nuestro territorio, y de tal modo crecieron, que hay ya casi tantos conventos como en los primeros días del reinado de Isabel II. Ordenes nuevas han ido después apareciendo.

Al fin han llamado la atención de los pueblos, no sólo por lo numerosas, sino también por la manera como se han ido infiltrando en la sociedad y captando personas y bienes. A la Iglesia han llevado esos alardes de catolicismo de que el Sr. Silvela nos habla, esas manifestaciones concebidas y ejecutadas con el solo fin de dar enojos á las gentes. ¿Qué falta hacían ahora esas procesiones de jubileo? ¿No era natural que, acordándose más al evangelio, se las hubiese verificado en el recinto del templo sin invadir calles ni plazas? La Iglesia, lo hemos dicho repetidas veces, no se satisface con el poder que consigue; pone su mayor empeño en demostrarlo. Busca sin querer su ruina; irrita las almas en vez de apaciguarlas.

¿A qué viene ahora el jubileo? repetimos. ¿Qué significa? El jubileo entre los judíos tenía un fin social importante: revestía cada cincuenta años al vendedor la heredad vendida y emancipaba á los esclavos. El jubileo católico, ¿de qué cura? ¿Qué males remedia ni qué bienes produce? Es un indulto general á los pecadores, á quienes deja limpios de toda falta con tal que se realicen esas prácticas religiosas. El jubileo de los judíos ni esas prácticas exigía. ¡Y para cosa tan frívola tanto sermón y tanto callejeo! Preciso es reconocer que, lejos de adelantar, retrocede en sus ritos la religión católica.

REACCIÓN!

Fatídica palabra que llena de horror á los espíritus libres. Palabra dulce, como la miel de la Alcarria, para los que entre sombras conspiran contra la libertad.

¡Reacción! Si se reflexiona sobre lo que esto significa, habremos de convenir en que á España no hace falta otra cosa. ¡Sí; reacción! ¡Venga como loza de plomo á aplastarnos, á confundirnos!

Disuélvase las sociedades, pisoteando la ley; lívense á las bodegas del gran acorazado Pelayo ó á las mazmorras de Montjuich, á los que haciendo uso de un derecho, expongan sus ideales libremente; azótese á los contribuyentes que pretendan eludir las cargas del Estado; fusílese al que ose asomar la faz á la puerta de su casa, para decir que la libertad es la redención del mundo; arránquese la lengua al honrado obrero que se atreva

á pedir trabajo y libertad; arrástrese á los malvados que pidan reducción de la lista civil; ahórquese á los herejes que exijan se rebaje el presupuesto del clero; córtase el cuello á los que protejan la agricultura, la industria y el comercio; amordácese á la maldita prensa que todo le pregona.

Hágase esto, y la reacción será un hecho. ¡Venga la reacción; pero pronto, muy pronto, porque es necesaria! ¡Y el que hable mal de ella, es un insensato! El pueblo necesita todo eso para despertar del letargo en que reposa desde hace tiempo.

Por algo ostenta España en su escudo un león. representa el carácter de los españoles. El león es noble; se deja dominar por cualquiera; está siempre amodorrado, soñoliento, indiferente; pero apenas se le hostiga, despierta y despedaza con furor todo lo que encuentra á su paso. Y si el león destroza, mata y despedaza cuando siente sobre su lomo el golpe de tralla descargado por su domador, venga pronto esa reacción insana, torpe y estúpida, furiosa sobre sus domadores hasta saciar-se de matanzas...

...Y después de la tormenta, el sol de la libertad brillará eternamente.

JUAN DE LOS REMEDIOS

FUNERALES

El jueves pasado se celebraron en la Iglesia de San Blás, los funerales por el eterno descanso del que fué en vida digno registrador de la propiedad de este partido, D. Emilio Fernandez Luis.

Al acto asistió numerosa y escogida concurrencia, demostrándose las muchas simpatías que contaba el finado.

Nosotros, enviamos á la afligida familia del señor Fernandez, la expresión de nuestro más sentido pésame.

BLASCO IBÁÑEZ

Terminado el incidente de Poveda Sanmillán, el Sr. Blasco Ibáñez pregunta al gobierno si está conforme con la conducta observada por el gobernador civil de Valencia Sr. Moncada con motivo de la celebración de las procesiones del jubileo, añadiendo que á él le parece correcta.

Dice que no hay nada tan inexacto como la crítica que de los sucesos hizo el Sr. Silvela en la Cámara en tono quejumbroso.

Protesta de los calificativos que éste dirigió á los republicanos, los cuales le devuelve dándoles todo el alcance que Silvela quiso darles.

«Pero esos calificativos—continúa Blasco Ibáñez—no son nuevos.

Son los mismos que se dirigían á las turbas que defendían la independencia de la patria cuando los alcaldes corregidos se iban con el rey José.

A esas turbas se ha dirigido S. S. buscando su concurso, cuando en calidad de regenerador andante fué á Valencia, en donde á la sazón los silvelistas no llegaban á la docena de fraile.

Nosotros fuimos á oírle porque combatía á Cánovas.

Respecto al calificativo de intransigentes que su señoría aplica á los republicanos valencianos no hay nada tan falso.

En Valencia se celebran, á pesar de ser la ciudad más liberal de España, 180 procesiones anualmente y nadie turba esos actos, que se verifican con el mayor orden; pero es porque están sancionados por la costumbre.

Lo que Valencia no quiere, son esas procesiones de fariseos y jesuitas que son la deshonra de la nación.

Si Jesús volviera á nacer no estaría con ellos como lo demuestra su frase: «No recéis en la calle, sino en el templo, que es donde os oye Dios.»

Valencia protesta y reniega de esos sepulcros blanqueados, todo podredumbre.

La Cámara escuchó con gran interés el discurso del Sr. Blasco Ibáñez.

Habla el Sr. Moret manifestando que aprueba la conducta del Gobernador civil de Valencia.

El Sr. Silvela contesta á Blasco Ibáñez que no trató de molestar á los republicanos, sino á los que frente á San Martín cometieron excesos que caen dentro de la sanción penal.

Recoge las alusiones del Sr. Blasco relativas á los alcaldes corregidores, y dice que, efectivamente su abuelo fué como el rey intruso.

«El Sr. Blasco reconocerá que yo no tengo la culpa de las opiniones que tuviera mi abuelo.»

Rectifica Blasco Ibáñez, Dice que lo ocurrido frente á San Martín no tiene importancia, como asegura también el telegrama del Gobernador civil.

«Además—continúa—hay que reconocer que el Sr. Silvela tiene dos balanzas para pesar la justicia: una para sus amigos y otra para sus enemigos políticos.

Se horroriza al pensar lo ocurrido frente á San Martín, que fué un hecho ineluctable, y olvida que un diputado, al pasar por Villarreal, las turbas soeces, capitaneadas por siete frailes, asaltaron el tren y registraron los asientos.

Afortunadamente, ese diputado, que soy yo, no iba en aquel tren, pero al volver de Castellón por la tarde hubo de ir protegido por la guardia civil.

El Sr. Silvela, que tanto horror demuestra por lo de San Martín, era entonces jefe del gobierno, y ni protestó de los sucesos, ni procesó á los autores, ni molestó á nadie.

Quiero que diga el Sr. Silvela, ya que tanto se escandaliza, quiénes son los intransigentes, si los republicanos de Valencia, defensores de la libertad, ó los clericales de Pamplona, que á la fuerza obligan á dos militares á que se quiten el ros al paso de una procesión.» (Bien en todos los bancos, excepto en los conservadores y carlistas.)

En párrafos elocuentes protesta contra la agresión á la libertad de opiniones del ejército.

Añade que el ejército es católico, no clerical, pues de lo contrario habríamos perdido las libertades patrias.

«Un periódico de Valencia, el más reaccionario, atacó al ejército, diciendo que esgrimían los oficiales la espada de San Bernardo.

Ese periódico intransigente ataca á los representantes de Silvela, sin que S. S. proteste: á persona tan respetable como D. Teodoro Llorente; y ¿que más? ataca á todos.

De mí dice que soy un demagogo, pero convencido; en cambio del catolicismo de su señoría dice que es pura comedia para seguir gobernando.

(Grandes protestas en la minoría conservadora).

Rectifica el señor Silvela.

Habla contradiciéndose, sin poder contestar á los cargos que le dirige el diputado republicano.

Dice que condena lo ocurrido en Villarreal como condena cuanto signifique delito.

Blasco Ibáñez interrumpiendo: ¿Por qué no lo condenó S. S. entonces?

Interviene el diputado carlista Llorens.

Recoge las alusiones del Sr. Blasco sobre la de Pamplona.

Culpa el Blasco Ibáñez y á sus amigos de que no puedan celebrar procesiones en Valencia.

Habla amargamente del recibimiento que se hizo en Valencia al marqués de Cerralbo, achacando los sucesos á la intransigencia de los republicanos.

Dice que á Valencia han ido Salmerón y Pi y Margall, y allí que hay muchos católicos, nadie ha protestado de su presencia.

Blasco Ibáñez interrumpiendo: «¡Porque los republicanos no han traído la representación como vosotros de la crueldad, de la sangre y del asesinato.

Estas palabras causan tremenda sensación en la Cámara.

La mayoría y los republicanos ovacionan al orador.

Los diputados carlistas Lloréns, Irigaray y Sanz protestan de las palabras de Blasco Ibáñez y le increpan.

Rodrigo Soriano, Blasco y los demás diputados republicanos que se sientan en los bancos próximos á los carlistas, se ponen en pie y amenazan á éstos.

Se promueve una gritería espantosa.

EL PUEBLO

PERIODICO SEMANAL

órgano del partido de Unión Republicana de Tortosa

Redacción y Administración

Calle de la Sangre, núm. 10 principal

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Tortosa, al mes.	0'50 ptas.
Fuera, trimestre	1'50 id.

Anuncios y comunicados: á precios convencionales

Céntro Jurídico Administrativo

DIRIGIDO POR EL

SEÑOR MANAUT

ABOGADO

Horas de despacho: de 9 á 1 y de 4 á 6

CALLE DE LA SANGRE, NÚMERO 10, PRINCIPAL

TORTOSA

ZAPATERÍA DE AGAPITO SÁNCHEZ

Variado y completo surtido de calzado de todas clases. Se confecciona á medida, con arreglo á los últimos figurines. Precios sin competencia en toda clase de calzado.

CALLE DEL ANGEL, NÚMERO 20.---TORTOSA